

No creo preciso recordar, al hacer el balance de los poetas manchegos que colaboraron en *Deucalión*, que Juan Alcaide Sánchez fue el verdadero iniciador, a partir de los años 30, del resurgimiento poético manchego. Aún aquellos que no hemos tratado de adoptar las características de su personalísimo estilo, le hemos reconocido y seguimos reconociéndole por maestro y guía, debido a la calidad de su obra, a la ejemplaridad de su vida y al entusiasmo que, tan continúa como desinteresadamente, supo infundirnos desde nuestros primeros pasos por los caminos de la poesía. De los demás poetas manchegos que colaboramos en *Deucalión* sólo Federico Muelas, Carlos de la Rica, Antonio Fernández Molina y yo continuamos publicando con regularidad. Carlos de la Rica, que se incorporó algo tarde a nuestras páginas, ha publicado varios libros de versos, de teatro poético y de narración corta y ha realizado interesantísimos experimentos de poesía visual. En el decenio de los 60, fundó en Carboneras de Guadazaón la editorial El Toro de Barro que lleva publicados más de cien volúmenes. Maestro de buen número de jóvenes poetas e incansable organizador de actividades literarias, su nombre y su obra se cuentan entre los más admirados y respetados de su promoción. Tampoco se ha limitado Fernández Molina al cultivo de la poesía, que ha alternado con el de la narración, la crítica y la pintura.

José Fernández Arroyo, que se había dado a conocer en "Pensando en Joven", ha dejado hace tiempo, aunque no tanto como Calatayud, de publicar poemas. La emocionada contemplación de lo cotidiano que caracteriza a la lírica, de versificación tan rigurosa como fluyente, de León Ramos, así como la poesía visionaria de Emilio Ruiz Parra, que fue discípulo de Alcaide, fueron dos aportaciones muy significativas al balance de la nueva poesía manchega que se había propuesto realizar esta publicación y de la serenidad con que una promoción de jóvenes sometida a circunstancias culturales adversas supo captar y expresar el espíritu de su tiempo.

5

La poesía americana está representada en *Deucalión*, además de por Manuel del Cabral, por tres poetas que vivían entonces en nuestro país. Uno de ellos, Eduardo Cote, colombiano, era también un buen crítico literario. Otro, el nicaragüense Mario Cajina-Vega, fue un gran amigo y colaborador de quienes hacíamos el hace poco mencionado grupo de revistas y, de entre los de su continente, el que más identificado se mostró con nuestras ideas. Vuelto a Nicaragua, instaló una imprenta y fundó la Editorial Nicaragüense, en la que ha venido editando a muchos poetas y narradores de su país. De los andinos Jaime Canelas y Leopoldo Chariarse, al que conocí en el congreso de poesía de Salamanca, no he vuelto a tener noticias.

Un caso muy especial es el del poeta rumano Alejandro Busuioceanu, que